

LIBRO SEGUNDO.

CARTA PRIMERA.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

El día de las kalendas de junio, cuando marchaba á Anzio, deseoso de alejarme de los gladiadores de Metelo, encontré á tu mensajero. Entregóme tu carta y tu comentario en griego acerca de mi consulado. Me congratulo de haberme adelantado remitiéndote por medio de Cossinio lo que había escrito sobre el mismo asunto en esa lengua (1). Porque si hubiese leído antes tu trabajo, hubieses dicho que te había plagiado. Al leerte, cosa que hice en seguida, observé demasiada sencillez y descuido; pero has sabido encontrar elegancia en la falta misma de ella, como algunas mujeres de quienes puede decirse que huelen bien porque no huelen á nada. Mi libro es muy diferente, porque he derramado en él toda la perfumería (σποθήκιον) de Isócrates y todos los frascos de sus discípulos, habiendo consumido hasta los afeites de Aristóteles. Dicesme en una carta anterior que ya lo habías leído en Corciro: supongo que esto habrá sido antes de recibir el ejemplar que encargué á Cossinio. No me hubiese atrevido á remitírtelo hasta después de escrupulosa y madura revisión. Además, Posi-

(1) La historia de su consulado.

donde (1), á quien lo mostré para que le sirviera como de tema para un trabajo más importante, me ha escrito desde Rodas que, después de leerlo, se ha visto no tentado sino asustado de tratar asunto semejante. ¿Qué más? he conturbado la nación griega, y así me libro de una importunidad diaria, porque ellos eran los que me instaban para que les suministrase asunto de amplificación. Si el libro te agrada, no dejes de difundirlo en Atenas y en las ciudades principales de Grecia, porque podrá servir para arrojar luz sobre mis actos. Recibirás las arengas que me pides, y algunas otras también, puesto que te son gratas composiciones en que solamente intentaba agradar á la juventud. Tu conciudadano Demóstenes (2) no brilló con todo su esplendor hasta después de pronunciar las arengas llamadas Filípicas, porque se separó de la oratoria especial y argucias del foro para elevarse á las consideraciones políticas y lenguaje del hombre de Estado (*σεμνότερος τις καί πολιτικώτερος*). Yo también he querido tener mis arengas, que pudieran llamarse consulares. La primera y la segunda versan sobre la ley Agraria: una en el Senado, en las kalendas de enero; otra ante el pueblo; la tercera, por Othón; la cuarta, por Rabirio; la quinta, por los hijos de los proscritos; la sexta, al dimitir mi provincia; la séptima es la que expulsó a Catilina; pronuncie la octava ante el pueblo al día siguiente de su fuga; la novena, en la tribuna el día en que vinieron los Alobroges á declarar; la décima, en el Senado, en las nonas de diciembre. Hay otras dos, más breves, que pueden considerarse como anexas al discurso acerca de la ley

(1) Filósofo estoico, discípulo de Panecio, bajo cuya dirección estudió Cicerón en Rodas.

(2) Ático había pasado parte de su vida en Atenas, á donde se retiró durante las guerras civiles de Mario y Sila. Solamente por esto podía llamarsele conciudadano de Demostenes, porque el título de ciudadano de Atenas que le ofrecían no podía aceptarlo sin perder el de ciudadano romano.

Agraria. Cuidaré de que recibas toda la colección (σώμα); y como tu benevolencia no separa mis escritos de mis actos, podrás juzgar lo que he hecho y lo que he dicho: tú lo has pedido; yo no me ofrecía.

Deseas saber por qué te apremio tanto para que regreses. Muchos asuntos te retienen, según dices, y sin embargo estás dispuesto á abandonarlo todo para servirme, ó solamente para complacerme. No hay tanta urgencia. Pero me parece que hubieses podido combinar mejor tus viajes: permaneces mucho tiempo ausente, encontrándote tan cerca. No gozo de tu compañía, y tú careces de mí. En la actualidad todo está tranquilo; mas á poco que aumenten los excesos de Clodio (1), no te dejaré descansar. Metelo sabe contenerle maravillosamente y le contendrá en adelante. He aquí un cónsul verdaderamente patriota (φιλόπτρις) y un carácter que había juzgado bien.

Clodio no disimula ya su deseo de ser tribuno del pueblo, sino que lo dice públicamente. El día en que se trató de ello en el Senado, le anonadé, preguntando por qué consecuencia se le veía pretender el tribunado de Roma cuando en Sicilia se declaró abiertamente candidato á la edilidad. Añadí que, en último caso, no era este asunto grave, porque á un plebeyo como él no le sería más fácil destruir la República que lo había sido bajo mi consulado á algunos patricios de su misma estofa. Alegaba que había

(1) El enojo de Clodio contra los grandes, á quienes detestaba á causa de la escandalosa absolución de que había sido objeto. Clodio aspiraba al tribunado para vengarse de ellos y de Cicerón, é hizo pedir, por medio de algunos tribunos á quienes había sobornado, que se admitiesen los nobles para aquel cargo. No habiéndolo conseguido, renunció á la cualidad de patricio, pasó á la clase de plebeyo y aspiró en seguida al tribunado. La oposición del cónsul Metelo le impidió al pronto alcanzarlo. Metelo alegaba para combatirlo que la renuncia de Clodio á la cualidad de patricio no se había hecho legalmente, porque solo podía haberse realizado mediante una ley votada por las curias, formalidad que se había omitido.

hecho el viaje del Estrecho á Roma en siete días, impidiendo así toda demostración de recibimiento, y, por la misma razón, había esperado la noche para entrar en la ciudad, modestia de que hizo grande ostentación ante el pueblo. Contesté que nada nuevo había de su parte en esta diligencia, porque muy bien podía haber empleado tres horas desde Roma á Interamna; ni tampoco en la elección de la hora, puesto que era aficionado á las expediciones nocturnas, y que también había conseguido entrar con igual discreción allí donde no debía haber entrado (1). ¿Qué quieres? combato á este petulante, no sólo con la gravedad del discurso, sino que también con este género de réplicas. Hace algún tiempo que discutimos con chistes. Acompañábamos los dos el otro día á un candidato, y me preguntó si no acostumbraba á reservar puestos para los Sicilianos en los combates de gladiadores (2). Contestéle que no. «Pues yo, me dijo, nuevo patrono suyo, los estableceré; pero mi hermana, que como esposa de cónsul tiene tantos á su disposición, apenas me concede un pie.—Vamos, le repliqué, ya sabrás tú hacerla levantar los dos cuando quieras.» El chiste no es muy consular, me dirás: verdad es, pero abomino á esa mujer indigna de la unión con un cónsul. Mezclada con los sediciosos, persigue sin descanso á su marido, alcanzando su hostilidad hasta Fabio (3), y todo por despecho de verles á los dos con nosotros.

Mucho se ha enfriado el asunto de la ley Agraria, acerca de la que me pides noticias. Me golpeas suavemente por mi unión con Pompeyo, pero no imagines que la he establecido atendiendo á mi seguridad personal. Las circunstancias lo han hecho todo. Al menor desacuerdo entre nos-

(1) Alude á la aventura nocturna de Clodio en casa de César.

(2) Los ciudadanos principales acostumbraban procurar á sus amigos, clientes é individuos de su tribu que habitaban fuera de Roma, puestos en los juegos públicos.

(3) Este Fabio era uno de los amantes de Clodia.

otros, ocurrirían grandes perturbaciones en la República. He tomado mis medidas é impuesto mis condiciones, de manera que sin abdicar de mis principios, que son buenos, le he atraído á mejores sentimientos. Está algo curado de su manía de popularidad. Prevenido como estaba contra todo lo que procedía de mí, hoy habla de mis actos con más encomio que de los suyos, dando testimonio de que si él ha servido bien á la República, yo la he salvado. No sé qué ganaré yo con sus buenos oficios, pero es indudable que aprovechan al Estado. ¿Y qué? ¿perjudicaré á la República si consigo convencer también á César, á quien hoy favorece el viento? En fin, aunque no tuviese envidiosos, aunque todos me hiciesen justicia, ¿no es mejor procurar la curación de la República sanando sus llagas que amputando sus miembros? Aquel grupo de caballeros que reuní sobre el Capitolio (1), teniéndote por jefe y portaestandarte, ha abandonado la causa del Senado; nuestros elevados personajes se creen en el cielo cuando tienen en sus viveros barbos que les comen en la mano. Este es el cuidado que les preocupa. Dime, pues, si en un tiempo como el nuestro habré hecho poco quitando el deseo de perjudicar á los que pueden hacerlo. Considera á Catón, á quien no amas tú más que yo: con sus excelentes intenciones é inalterable lealtad, perjudica algunas veces á la República. Opina como en la πολιτεία de Platón, y nosotros somos la hez de Rómulo. ¿Hay algo más justo que procesar á los jueces que se dejaron corromper? Así lo propuso Catón, y el Senado consintió en ello. Pero sobrevino guerra abierta entre los caballeros y el Senado en masa, menos yo, que voté en contra de esta

(1) El templo de la Concordia estaba en la vertiente de la colina donde se alzaba el Capitolio. Cicerón convocó en él al Senado del que muchos miembros pertenecían al orden ecuestre, para deliberar acerca de la suerte de los cómplices de Catilina, encarcelado á la sazón. Atico estaba presente y ayudó mucho á Cicerón para reunir el orden ecuestre.

medida. Nada más impudente que la pretensión de rescindir los contratos por parte de los publicanos; pero era necesario este sacrificio para evitar la deserción de los caballeros. Catón resistió y venció. Así, resultan un cónsul encarcelado (1), una serie de perturbaciones públicas, sin que los caballeros den señales de vida, cuando tan presurosos se mostraban antes para acudir en defensa de la República. ¡Cómo! dirás, ¿solamente los tendremos en favor á precio de oro? ¿Qué hemos de hacer si no podemos elegir medios? ¿Preferirías caer en manos de los libertos, y hasta en las de los esclavos? Pero, como tú dices, ἄλις σπουδῆς, basta de cosas serias.

Mi tribu se ha mostrado más favorable á Favonio que la suya propia, pero ha perdido la de Luccyo. Su oración contra Nasica (2) le favorecerá muy poco. Dice que ha hablado modestamente, pero tan poco ha hecho, que podría creerse que en Rodas más ha trabajado en el molino que con Molón (3). Le he disgustado al defender á Nasica, y comienza de nuevo la persecución, guiado por el celo en favor de la República. Te daré noticias de Luceyo, después del regreso de César, que llegará dentro de dos días.

Agradece á Catón y á Servilio, su imitador, el perjuicio que te han causado los Sicionios. ¿Habrán todavía muchos buenos ciudadanos que lo soporten? En fin, el decreto lo

(1) El tribuno L. Flavio hizo aprisionar (tan grande era su poder) al cónsul Metelo Celer porque se oponía obstinadamente á la ley agraria. Mas disponiéndose los demás tribunos á defender á Metelo, asustóse Pompeyo y aconsejó á Flavio que pusiese en libertad al cónsul.

(2) Scipion, suegro de Pompeyo. Descendía de un primo hermano del primer Africano, que fué cónsul en 562 y fué el primero que llevó el nombre de Nasica. Se ignora de qué le acusaba Favonio.

(3) Famoso retórico de aque. tiempo, maestro de todos los jóvenes romanos que querían ejercitarse en la elocuencia, entre los cuales se encontraban Favonio y Cicerón.

quiere; aplaudamos. Pero cuando sobrevengan las turbulencias, nos dejarán solos.

Mi *Amaltea* te espera y le haces falta. Mucho me deleitan mis casas de Túsculo y Pompeya; pero me encuentro agobiado de deudas cuando he impedido la bancarrota (1). Espero que las Galias permanecerán tranquilas. Muy pronto recibirás mi traducción de los *Presagios*. Dime con seguridad cuándo piensas venir, porque Pomponia me ha hecho anunciar que estarás en Roma en el mes de mayo, lo cual no está conforme con tus cartas. Ya te he dicho que Peto me ha regalado todos los libros que le ha dejado su hermano. Este asunto lo tengo puesto en tus manos. Cuida de ellos por nuestra amistad, y procura que lleguen á mi poder. Mucha satisfacción me proporcionarás con esto. Vigila los Griegos y no olvides los Latinos. Consideraré el regalo como si procediese de tí. Escribí á Octavio (2) sin hablarle de nada. Ignoraba que tuvieses negocios en su gobierno, ni te creía amigo de utilidades pequeñas. Pero le he escrito otra vez y con mucho interés.

CARTA II.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Cuida mucho de nuestro querido Cicerón; te lo ruego. Paréceme que sufro todo lo que sufre, *συν' αἰνῶν*. Leo actualmente *Ἑλληναίων*, y tengo delante un montón grande, á fe mía, de las obras de Dicearco. ¡Qué hombre tan gran-

(1) Alusión á los cómplices de Catilina, acribillados de deudas y completamente desesperanzados de pagar á expensas de otro.

(2) C. Octavio, padre de Augusto, era entonces gobernador de Macedonia, habiendo sido pretor un año antes.

de! Mucho más puede aprenderse con él que con Procilio. Creo tener en Roma un Κορυθαίων y Ἀθηναίων (Tratados de los gobiernos de Atenas y Corinto). Te aconsejo que los leas: es un escritor admirable. Si Ἡρώδης (1) tuviese sentido común, leería estos libros y no escribiría ni una palabra. Acaba de atacarme en una carta; pero veo que se te acerca mucho más. Hubiese preferido, en verdad, conspirar yo mismo á hacer frente á los conspiradores, si hubiera adivinado que algún día habría tenido que escuchar á Herodes. No estás razonable en el asunto de Lolio (2): en el de Vinio, te alabo. Ya se acercan las kalendas, Antonio (3) no llega, y el tribunal va á constituirse; porque me dicen que Nigidio amenaza con nombrar en su discurso á los jueces ausentes. Si sabes algo del regreso de Antonio, no dejes de escribirme. Puesto que no puedo tenerte aquí, ven al menos á cenar conmigo en Roma la vispera de las kalendas. Cuidate bien y no faltes.

(1) Ἡρώδης. Sofista de Atenas, autor de un libro mordaz acerca del consulado de Cicerón.

(2) Ignórase quién es éste y de qué asunto se trata.

(3) C. Antonio, el antiguo cónsul, colega de Cicerón. Había sido acusado de concusión en su gobierno de Macedonia y debían juzgarlo en las kalendas de julio del año siguiente. Esperábase su llegada á Roma. Cicerón le defendió otra vez; pero, menos afortunado ante los jueces que lo fué ante el Senado, no impidió que fuese condenado á perpetuo destierro. Mucha influencia tuvo este proceso en los inmediatos destinos de Cicerón, haciendo que César apresurase la adopción de Clodio por Fonteyo que iba dilatándose. «Defendiendo hacia la hora sexta, dice Cicerón la causa de mi colega Antonio, me permití algunas quejas acerca del estado de la Republica en favor de mi cliente. Algunos malévolos las refirieron infielmente á personas importantes (César y Pompeyo), y el mismo día á la hora nona fué adoptado Clodio.» (*Pro Dóm.*) Esto lo hizo César creyéndose atadido por Cicerón y queriendo castigarle. Tres horas le bastaron para hacer votar esta ley de adopción, para cuando cualquier ley se necesitaba el intervalo de tres nundinas ó días de mercado.

CARTA III.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

En primer lugar, buena noticia, según creo (εὐαγγέλια). Valerio, defendido por Hortensio, ha sido absuelto. Atribúyese este resultado á la influencia del hijo de Aulo; sospecho, como tú, que Epicrates (1) tomó parte en el asunto. No me agradaban sus cántigas ni sus cintas blancas (2). Cuando vengas sabremos lo que hay en esto. Te parecen muy estrechas mis ventanas; pues ten entendido que atacas á Κύρου παιδείαν (a *Ciropedia*). Lo dije á Ciro, y me demostró que dando más luz, quitaría belleza á la perspectiva del jardín. En efecto, ἔστω ὄψις μὲν ἡ α, τὸ δὲ ὁρώμενον Β, γ, ἀκτῖνες δὲ καὶ ε, sea el sol A, el objeto visible B y C, los rayos visuales D y C, etc... Desde luego ves la demostración. Ahora bien; si es cierto que la visión se verifica por imágenes, he aquí imágenes que se verán muy angustiadas por ventanas estrechas, mientras que los rayos pasarían á su placer. Si tienes otra cosa que criticarme, tendré contestación que darte, á menos que me cueste mucho confesar.

Hablemos del mes de enero que se acerca, y de mi situación política. Voy, á la manera de Sócrates, á poner dos opiniones frente á frente; y después, como de costumbre, te diré mi parecer. La cuestión es muy grave. Necesario es ó declararse contra la ley agraria, y la lucha será terri-

(1) Uno de los moles que Cicerón solía poner á Pompeyo: significa omnipotente.

(2) Cinta blanca rodeada á la pierna desde la rodilla al tobillo: tambien era una banda que se rodeaba á la frente manera de diadema, insignia real.

ble, pero puede alcanzarse gloria al final; ó permanecer neutral, es decir, hacer un viaje, sea á Aurio ó á So'onia (1); ó, en fin, hablar en pro de la ley. Dicen que César espera que tomaré esta decisión y hasta que cuenta con ella: porque he recibido la visita de Cornelio, Cornelio Balbo (2), su amigo de confianza. Este me ha dicho que César se aconsejaría en toda ocasión de Pompeyo y de mí, y procuraría poner de acuerdo á Crasso y á Pompeyo. Ahora he aquí el final de todo esto para mí: Unión estrecha con Pompeyo y, en caso necesario, con César. No tendré enemigo que no se reconcilie conmigo, y estaré en paz con todos, consiguiendo tranquila vejez. Así es, pero esta alocución de mi libro tercero, no deja de inquietarme:.

«Sostén hasta el fin el valor y noble papel con que distinguiste tu juventud y diste esplendor á tu consulado. Trabaja sin cesar para adquirir nuevos títulos á la fama y la estimación de los hombres honrados.»

Estos son los consejos que la misma Caliope (3) me dió, y en el mismo libro todo concuerda con estas máximas. Después de este lenguaje ¿puedo dejar de decir:

¿El mejor oráculo es combatir por la patria?

Pero reservemos esto para los paseos Compitalēs (4). No olvides venir la víspera: mandaré que calienten el baño.

(1) Otra casa de campo de Cicerón, en territorio de Lanuvio, camino de Ostia.

(2) Cornelio Balbo era de Cadiz, y Pompeyo le había hecho caballero romano. Llegó á ser íntimo amigo de César. Cicerón habla de él muchas veces.

(3) Título del libro III del poema de Cicerón acerca de su consulado.

(4) La Compitales, fiestas dedicadas á los dioses Lares. llevaban este nombre porque se celebraban en las encrucijadas. Perteneclan á las que se designaban con el nombre de *feriæ conceptivæ*, porque los magistrados ó los pretores las promulgaban anualmente, bien en días fijos, ó bien en días indeterminados.

Igual ruego dirige Terencia á Pomponia: también tendremos con nosotros á tu madre. Tráeme de la biblioteca de mi hermano Quinto el *Tratado de la Ambición* de Teofrasto.

CARTA IV.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Gratísimo me ha sido que me remitieses el libro de Serapión (1), del que (dicho sea entre nosotros) apenas entiendo la milésima parte. He mandado que te reintegren el costo, por temor de que inscribas la cantidad en tus cuentas como regalo. Y puesto que te hablo de dinero, ruégote encarecidamente que hagas cuanto puedas para terminar con Titinio (2). Me alegraré que modifique sus condiciones, porque deseo vehementemente anular un mal contrato, con tal de que Pomponia consienta en ello: si no, que se le dé algo más para quitarle hasta la sombra de un pretexto. Pon término á este asunto antes de partir: lo recomiendo á tu amistad y acostumbrada complacencia. ¿Conque va Clodio en embajada cerca de Tigrano? La enhorabuena, si le acontece lo mismo que á Sirpias. En último caso, me resigno fácilmente. Mejor es, en efecto, esperar para obtener una legación libre (3), que, como espero, llegue el momento

(1) Serapión era de Antioquía. Escribió una obra de Geografía que cita Plinio.

(2) Q. Titinio, amigo de Cicerón y de Atico. Como se ve, era prestamista, y á causa de ello tenía algunas diferencias con Pomponia, hermana de Atico y esposa de Quinto Cicerón.

(3) Los senadores solicitaban legaciones libres, es decir, títulos sin funciones, para conseguir libertad de permanecer largo tiempo fuera de Roma, cosa que no se les permitía de otra manera, y también para que se les recibiese con más aparato en las provincias á donde marchaban.

del descanso para mi hermano Quinto, y sepa á qué atenerme acerca del honrado sacrificador de la Buena Diosa (1). Hasta entonces gozaré del comercio de las musas, y gozaré en calma, diré más, con delicia. No experimentaré ni el más ligero movimiento de envidia contra Crasso, ni pesar por haber permanecido fiel á mis principios. Procuraré complacerte en cuanto á la geografia; pero no prometo nada de cierto. Es trabajo muy grande. Sin embargo, necesario es, como deseas, que mi retiro al campo te aproveche algo.

Procura que sepa cuanto hayas podido indagar relativamente á los negocios: sobre todo, que sepa yo á quiénes tendremos por cónsules; á pesar de que no me interesa mucho esto. He decidido no ocuparme ya de la República. He visitado el bosque de Terencia. ¿Qué te diré? Excepuando las encinas de Dodona, nada tenemos que envidiar á tu Epiro. Para las kalendas estaremos en Formio ó en Pompeya. Si no te encuentras en Formio, si nos quieres, ven á Pompeya. Mucho placer nos causarás, y no será gran rodeo para tí.

He dado órdenes á Filotimo para que no impida se construya el muro como deseas (2). Creo, sin embargo, que debes llamar á Vecio. En un tiempo como el nuestro, en el que no hay hombre de bien cuya existencia esté segura, era mucho para mí un estío más pasado en mi palestra del monte Palatino: mas por nada hubiese querido dejar á Pomponia y al niño en el temor continuo de un derrumbamiento.

(1) Clodio, que tan perfectamente había oficiado en casa de César.

(2) La casa de Cicerón, que había comprado á Crasso, y la de su hermano Quinto, en el monte Palatino, estaban contiguas, y la pared medianera, que amenazaba ruina, se inclinaba hacia el lado de Quinto.

CARTA V.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Verdad es que deseo hace mucho tiempo visitar Alejandria y el resto del Egipto (1). Ocasión es esta de evitar, por medio de la ausencia, el cansancio que tienen de mí, y tal vez hacer desear algo mi regreso. Pero aceptar una misión en este tiempo y de tales manos

Αἰδέομαι Τρῶας, καὶ Τρωάδας ἐλκεσιπλους (2).

¿Qué dirían, en efecto, los hombres honrados, si es que quedan aún? ¿Qué mezquino interés me había hecho abandonar mis principios?

Πολυδάμας μοι πρῶτος ἐλεγχείην ἀναθήσει (3).

Aludo á Catón, cuya voz cuento por cien mil. ¿Cómo hablará de mí la historia pasados seiscientos años? Mucho más me inquieta esto que los murmullos de esa multitud que zumba en derredor mío. Creo que lo mejor es esperar y ver venir. Si me hacen proposiciones, quedaré holgado y reflexionaré; porque algunas veces existe, á fe mía, cierta

(1) César y Pompeyo habían hecho reconocer como aliado del pueblo romano á Ptolomeo Auletas, rey de Egipto, que vacilaba en su trono y á quien esta alianza debía afirmar. Tratóse entonces de enviar una embajada á Alejandria, y César y Pompeyo habían fijado la vista en Cicerón para conferírsela y alejarle de Roma, donde les molestaba su presencia. Muy dispuesto estaba Cicerón á aceptar, pero al fin rehusó, arrepintiéndose después.

(2) Desconfía de los ofrecimientos de los Troyanos y de las Troyanas de largas velas.—Este verso había pasado á proverbio, y Cicerón lo repite con frecuencia y se lo aplica.

(3) Polidamas especialmente prorrumpirá en censuras.

gloria en rehusar. Así, pues, si Θεοφάνης (1) te indica algo, no digas absolutamente que no. Espero tus cartas para saber noticias: lo que dice Arrio (2); cómo soporta su desgracia; qué cónsules nos darán; ¿Pompeyo y Crasso, según el rumor que corre, ó Gabinio y Servio Sulpicio (3), según me han escrito? ¿Se habla de leyes nuevas? ¿Qué sucede, en fin? Y puesto que se marcha Nepote (4), ¿en quién recae el cargo de augur? (5) Este es el único que podría tentarme. Ya ves qué poca firmeza tengo. Pero ¿en qué pienso cuando deseo abandonarlo todo para filosofar (φιλοσοφῆν) libremente? Lo repito; así lo tengo decidido. ¡Ojalá hubiese comenzado por él! Conociendo hoy por experiencia la nada de lo que me parecía deseable, no quiero otro comercio que el de las musas. No olvides, sin embargo, de hacerme

(1) Teofanes era de Mitilena, amigo de Pompeyo, cuya historia escribía y sobre quien tenía mucha influencia. Parece que sirvió de intermediario entre Pompeyo y Cicerón para la embajada de Egipto.

(2) Q. Arrio, el antiguo pretor. Era amigo de Crasso que, después de haberse comprometido á hacerlo nombrar cónsul, como César debió comprometerse también, le faltó á la palabra, como también César.

(3) Servio Sulpicio no fué nombrado, aunque se lo escribieron á Cicerón, sino Gabinio. Servio Sulpicio Rufo era de familia patricia y amigo particular de Cicerón, á quien escribió la hermosa carta sobre la muerte de Tulia, que se cita como modelo en su género. A. Gabinio era de familia plebeya y fué el único cónsul de esta familia.

(4) Q. Metelo Nepote, hermano de Metelo Ceter. Siendo tribuno del pueblo, se le envió, en virtud de un senatusconsulto, cerca de Pompeyo para asuntos de la República; y como, según la ley, era necesario estar en Roma para obtener la dignidad de augur y solicitar personalmente, no era posible, por grandes deseos que tuviese de obtenerla, que pudiese cumplir con exigencias tan opuestas.

(5) Los augures formaban un colegio, y sus funciones consistían en adivinar lo porvenir por el vuelo de las aves, el canto y el apetito de los gallos. Compréndese que, ejerciendo estas funciones hombres de genio como Cicerón, personajes de alta alcurnia y que habían desempeñado los primeros puestos del Estado, semejante oficio les pusiera en el caso de no poder mirarse sin reír. Tal vez sucedería lo mismo á los arúspices, funcionarios muy inferiores á los augures.

saber lo referente á Curcio, qué sucesor se le destina; lo que acontezca á Clodio, y todo lo demás que me tienes prometido: escríbeme francamente. Quisiera saber también el día en que saldrás de Roma, con objeto de decirte con seguridad dónde me encontraré entonces: contéstame pronto á todas estas preguntas. Espero con impaciencia tus cartas.

CARTA VI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Te prometía en anteriores cartas que algo produciría mi viaje; pero ya no respondo de ello. Me he dejado dominar por la pereza, hasta el punto de no poder vencerla. O me deleito con los libros, y tengo en Anzio agradable abundancia; ó cuento las olas del mar, porque el tiempo no es á propósito para la pesca. Tengo horror al trabajo, y es tarea inmensa la $\gamma\epsilon\omega\gamma\rho\alpha\phi\iota\kappa\acute{\alpha}$ que proyectaba: Eratosthenes (1) no está de acuerdo con Serapión ni con Hiparco; ¿qué te parece si Tiranión (2) tampoco conviene? La materia es embrollada de suyo, á fe mía, monótona y mucho menos susceptible de adorno de lo que pensaba; y en fin, debía haber comenzado por esto, toda razón es buena para no

(1) Eratósthenes, natural de Cirena, contemporáneo y bibliotecario de Ptolomeo Filopater; fué á la vez historiador, gramático y astrónomo. Hiparco era de Nicea y fué el primer astrónomo de su tiempo.

(2) Tiranión se llamaba Teofrasto, y había recibido el nombre de Tiranión porque siendo niño maltrataba á sus discípulos. Era de Amasia y fué maestro del geógrafo Estrabón. Después de la derrota de Mitridates, le llevó Lúculo cautivo á Roma, granjeándose allí la amistad de Lúculo, de Pompeyo y de los dos Cicerones, cuyos hijos educó.

hacer nada. Continúo ignorando si me estableceré aquí ó en Anzio (1) y si pasaré donde me encuentro todo este triste tiempo: hubiese preferido ser decenviro aquí (2) á cónsul en Roma. Más prudente que yo, te has procurado morada en Buthrota. Sin embargo, créeme, no es grande la diferencia entre ese municipio y la ciudad de los Anziotas. ¿Cree-rás que, estando tan cerca de Roma, se encuentran millares de personas que no han visto jamás á Vatinio; (3) que soy el único que no deseé la muerte de veinte comisionados en masa (4); en fin, que nadie me molesta y todos me quieren? Aquí, sería agradable ocuparse de la política: allá, ni puedo ni quiero. Para tí solo me ocuparé de anécdotas (5) (*ἀνέκδοτα*) del género de Teopompo (6), y tal vez más mordaces. En adelante limitaré mi política á un punto solo:

(1) La casa de Cicerón no se encontraba en el mismo Anzio sino en sus inmediaciones.

(2) Anzio era una ciudad municipal que tenía, como todas las ciudades de este género, *dunviros*, que eran en ellas como los cónsules en Roma.

(3) Para tener completa idea de P. Vatinio, es necesario conocer la invectiva que pronunció Cicerón en contra suya, y que se conserva íntegra. Era entonces tribuno y fué el principal instrumento de César en las violencias de éste contra el cónsul Bibulo, su colega, y contra la autoridad del Senado.

(4) César había hecho aprobar la ley agraria que propuso el año anterior el tribuno Flavio, haciéndose autorizar para nombrar veinte comisarios para el repartimiento de tierras.

(5) Estas anécdotas eran cuadros de los actos de su vida política, en los que atacaba y satirizaba á César, Crasso y otros ciudadanos más ó menos famosos que le habían hecho oposición, y á los que con tanta energía combatió durante y después de su consulado. Este libro, según Dión, llevaba el título *De suis consiliis*, y lo remitió sellado á su liberto Tirón, con orden de no leerlo ni publicarlo hasta después de su muerte. Supónese que era el mismo escrito que Cicerón se proponía no comunicar mas que á Atico.

(6) Teopompo, natural de Chío y discípulo de Isócrates, había escrito una historia satírica de su tiempo en cincuenta y ocho libros, en la que trataba de los hechos del rey Filipo, no tratándole mejor que á los demás.

odio á los malvados; los odio sin pasión, pero no sin encontrar placer en su castigo. Hablando ahora de negocios, te diré que he escrito á los cuestores de la ciudad en interés de mi hermano Quinto. Averigua lo que dicen; si nos darán dinero romano ó tendremos que atenernos á los cistóforos (1) de Pompeya. Resuelve también lo que ha de hacerse con el muro. ¿Hay algo más? Sí: procura que sepa cuándo has de venir.

CARTA VII.

CICERÓN Á ÁTICO. SALUD.

Todavía he de reflexionar detenidamente en la geografía. De las dos oraciones que me pides, no me atreví á escribir la primera por tedio, y la segunda porque en ella hago el elogio de un hombre que no me agrada. Veré, sin embargo; y de una ú otra manera, algo saldrá al fin de este retiro, para que no me creas entregado irremisiblemente á la pereza. Mucho me agrada lo que me dices de Publio: ruégote que sigas la pista y me traigas todos los detalles á tu regreso. Entretanto, no dejes de escribirme tus descubrimientos y conjeturas, especialmente lo que hagas con relación á la embajada. Antes de tu carta, deseaba su mar-

(1) El cistóforo es una didracma acuñada en las ciudades griegas del Asia Menor occidental durante el primer siglo antes de nuestra era. Los había de diferentes puntos, y, como vemos, Pompeyo los hizo acuñar. También los acuñaron los dos Cicerones, Quinto del 695 al 697, y Marco del 703 al 704. Todos los vencedores del Asia introdujeron en Roma cantidades inmensas de esta moneda en las ceremonias del triunfo. El nombre de cistóforos lo recibían de que llevaban el cisto místico de Ceres, y se atribuye su origen á las grandes compañías religioso-dramáticas dionisiacas. Antes del Imperio fué la moneda más popular del mundo antiguo.

cha, no á fe mía porque retroceda yo ante un conflicto (me encuentro de excelente humor para litigar), sino porque veía que iba á perder por este medio la popularidad que le había hecho ganar su agregación á los plebeyos. ¿Por qué has pasado á la plebe? le habría dicho; ¿para ir á saludar á Tigrano? Habla: ¿acaso los reyes de Armenia no saludan á los patricios? Disponíame, en fin, á lanzar mis saetas contra su embajada. Si él se burla y, como me dices, remueve la bilis á sus patronos á título de plebeyo y á sus augures en la ley curial (1), el espectáculo es magnífico. Pero á fe mía si he de decir verdad, se trata con bastante ultraje á ese querido Publio. ¡Haber sido en otro tiempo el hombre único en la casa de César, y no poder ser hoy uno de los veinte! ¡Cómo! ¿le proponen una embajada y le dan otra? La buena, en la que puede hacerse negocio, será para Druso el Pisauriano ó para el glotón Vatinió! (2) y la otra, misión raquílica, embajada de correo, se le confiere al grande hombre que tienen en reserva para el tribunado, cuando llegue la ocasión! Te ruego que procures cuanto puedas hacerle estallar. Para nosotros no hay esperanza ni salud sino en la división de esos hombres, y, si he de creer á Curión, ya existe algo de esto. Arrio está furioso por no haber conseguido el consulado. Megaloco (3) y esta sanguinaria juventud se encuentran muy mal. Ahora viene el augurado, excelente asunto de discordia. Espero tener que escribirte cosas muy buenas. Pero te ruego me expliques las palabras

(1) Estos que proponían la ley *curiata*, es decir, sometida al voto del pueblo por centurias, como era necesario para que fuese válida la adopción, son César y Pompeyo, el uno como cónsul y el otro como augur.

(2) Cicerón llama así á Vatinió, aludiendo á dos banquetes á que éste acababa de asistir, uno en casa de Fausto y el otro en la de Q. Arrio.

(3) Creen algunos que designa con este mote á Pompeyo; otros suponen que se trata de C. Megaboco, quien, por queja de los Sardos, fué condenado con T. Albucio.

oscuras de que ya hay cinco que comienzan á hablar (1). ¿Qué quieres decir? Si entiendo bien, las cosas marchan mejor de lo que suponía. Pero no creas que en estas preguntas haya interés directo ni propósito oculto de intervenir activamente en la política. Cuando gobernaba, estaba ya cansado de los negocios. Ahora que me encuentro fuera de la nave, no por haber abandonado el timón, sino porque me lo han arrancado de las manos, quiero presenciar desde la orilla el espectáculo de sus naufragios, y, como dice tu amigo Sófocles,

κᾶν ὑπὸ στέλῃ

Ποικίλᾳ ἀκούειν ψυχᾶδος εὐδούσῃ φρενί (2).

Te suplico que veas lo que se ha de hacer con este muro. Corregiré el error de Costricio. Quinto me escribió quince mil sextercios, y á tu hermana ha escrito treinta mil. Terencia te saluda. Cicerón te ruega seas su fiador con Aristodemo, como lo fuiste de su hermano, hijo de tu hermana. No olvidaré lo que me aconsejas relativamente á Αυαλλοεῖα. Cuidate bien.

CARTA III.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Esperaba con impaciencia carta tuya al oscurecer, y me anuncian que han llegado criados míos de Roma. Llame;

(1) De los veinte comisarios se separaron cinco para el establecimiento de una colonia nueva en Capua, encontrándose Pompeyo al frente de ellos. Los otros quince quedaron repartidos en grupos de tres, de cinco y de siete en diferentes puntos de la Campania, tomando entonces los nombres de triunviros, quinquaviros y septenviros.

(2) Escuchar al abrigo, en mi casa, el rumor de la lluvia que cae.

pregunto: ¿mis cartas?—No las hay.—¿Cómo! ¿ninguna de Pomponio? Mi mirada y gesto les aterran. Traían una carta, pero confiesan que la han perdido en el camino. ¿Comprendes mi desaliento? Ni una sola de tus últimas cartas dejaba de contener algo interesante ó amable. Si en la del xvi de las kalendas de mayo hay noticias que merezcan la pena, no me las dejes ignorar y escribeme cuanto antes, y si nada contenía mas que tu agradable conversación, reprodúcela. Pongo en tu conocimiento que el joven Curión ha venido á saludarme. Lo que me ha dicho de Publio concuerda perfectamente con lo que tú me has escrito. Parece que él también, y maravillosamente,

. Odia esos reyes soberbios.

Asegura al mismo tiempo, que la juventud se encuentra muy excitada, y no puede soportar este estado de cosas. Si se puede contar con ella, podemos esperar mucho: pero no nos mezclemos en nada; esta es mi opinión. Por mi parte, me dedico completamente á la historia: pero aunque me consideras como un Fonteyo, nadie es más indolente que yo.

Te comunico mi itinerario para que sepas dónde encontrarme. Estaré en Formio para las fiestas de Palas (1), y (puesto que opinas debo prescindir por ahora de las delicias de Crátera) saldré de Formio en las kalendas de mayo, para encontrarme en Anzio el v de las nonas. Los juegos que se han de celebrar allí durarán desde el iv hasta la víspera de las nonas. Tulia quiere presenciarlos. Desde allí marcharé á Túsculo, después á Arpino, y estaré de regreso en Roma para las kalendas de junio. Procura que nos veamos en Formio, Anzio ó Túsculo. Escribe otra vez la carta perdida, y añádela algo nuevo.

(1) Fiestas de Palas, que se celebraban el 12 de abril, fecha de la fundación de Roma.

CARTA IX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Habiéndome dicho el cuestor Cecilio (1) que manda un esclavo á Roma, me apresuro á escribirte, para que me des cuenta de las dos maravillosas conversaciones que has tenido con Publio, el que mencionas en tu carta y el que callas, diciendo solamente que sería prolijo escribir todo lo que has contestado. No olvides tampoco el que no se ha verificado aún, y del que ha de darte cuenta Βοῶπις (2) á su regreso de Solonia: ten presente que nada puede serme más agradable. Si falta á los compromisos contraídos, me encontraré en el cielo, y sabrá ese Hierosolimario (3), reclutador para la plebe, lo que valen las oraciones en que le he alabado: puedes esperar una *παλινοῦδιαν* divina. A lo que puedo juzgar, si ese malvado continúa en inteligencia con nuestros tiranos, dejará tranquilo al cínico consular (4) y hasta á todos nuestros Tritones de viveros. Sin base, sin apoyo, sin influencia en el Senado, á nadie podemos inspirar envidia. Si, por el contrario, se pone en hostilidad con los que gobiernan, no sera bastante loco para atacarme. Pero en último caso, que venga.

(1) Q. Cecilio Basso, cuestor bajo el consulado de César y Bíbulo.

(2) Clodia, hermana de Clodio, de quien se decía, como de Juno, *la diosa de los ojos de buey*, que era esposa de su hermano.

(3) Pompeyo, después de la derrota de Mitridates, tomó á Jerusalén.

(4) Llamado así porque apoyaba enérgicamente la ley del tribuno Herennio, que tenía por objeto hacer pasar á Clodio al orden de los plebeyos. Pompeyo, sin embargo, no le apoyó sino bajo la promesa de que, al ser Clodio tribuno, no atacaría á Cicerón.

Y á la verdad, el juego se ha hecho admirablemente y con menos ruido del que esperaba: la falta es de Catón, pero más culpables son los que se han burlado de los auspicios, de la ley Elia, de la Junia, de la Licinia, de las Cecilia y Didia (1), que han destruído todas las garantías públicas, que han entregado reinos como regalo á los tetrarcas (2), que han relleno de dinero á algunos privilegiados.

Desde aquí veo en qué va á cebarse la envidia. O la experiencia y Teofrasto no me han enseñado nada, ó muy pronto echarán de menos mi consulado. Si se acriminaba al Senado por el uso que hizo entonces de su poder, ¿qué se dirá hoy que pasa el poder, no á las manos del pueblo, sino á las de tres ambiciosos que nada respetan? (3) Pues bien: que nombren cónsules y tribunos á quienes les parezca; que lleguen hasta cubrir con la púrpura augural al glotón de Vitinio; dentro de poco verás volver más poderosos que nunca á los que siempre caminaron rectos, y al mismo Catón, que ha variado algo.

(1) Las leyes Junia-Licinia y Cecilia-Didia ordenaban que no se sometiera á votación ninguna ley sino después de haberla expuesto al público durante tres nundinas ó ferias consecutivas, y otras formalidades además, de las que prescindió César cuando hizo votar sus leyes. Por otra parte, la ley Licinia establecía que quedaria prohibido al magistrado, autor de la ley votada, nombrar comisario para la ejecución á ningún colega suyo, pariente ó aliado. César la había violado ostensiblemente, nombrando comisario para la distribución de las tierras de la Campania á su cuñado Attio Balbo.

(2) Refiérese esto á Pompeyo, que había hecho rey á Deyotauro, tetrarca de la Galacia, uniendo á este país la Armenia menor; extraño abuso de poder que César hizo ratificar por el pueblo. Más adelante, descontento César de Deyotauro, le quitó la Armenia.

(3) César, Pompeyo y Crasso, el primer triunvirato. Aunque amigo de Pompeyo, Varrón hizo una sátira contra ellos, titulándola *El monstruo de tres cabezas*. Pero ó no la publicó entonces, ó se la perdonaron porque fué nombrado uno de los vigintiviros encargados de establecer los nuevos colonos en Campania.

En cuanto á mí, si se digna permitírmelo tu compañero Publio, no pensaré más que en filosofar. Si me ataca, solamente entonces me defenderé; y siguiendo las costumbres de la escuela, declaro que

Ἄνδρ' ἀπαμύνησθαι, ὅτε τις πρότερος χαλεπήνη (1).

Séame propicia la patria. He hecho por ella, no seguramente más de lo que debía, pero sí más de lo que me pedía. Prefiero ser mal guiado por otro piloto, á tener empuñado el timón con pasajeros tan ingratos. Pero ya hablaremos cómodamente de esto.

A lo que me preguntas, te contesto que pienso salir de Formio el v de las nonas de mayo, y el día de las nonas partiré de Anzio para Túsculo. A mi marcha de Formio, donde me propongo permanecer hasta la víspera de las kalendas de mayo, te escribiré. Terencia te saluda. Κικέρων ὁ μικρὸς ἀσπάξεται Τίτον Ἀθηναίων. El niño Cicerón saluda á Tito el Ateniese.

CARTA X.

CICERÓN A ÁTICO SALUD.

Deseo que admires mi constancia. Me abstengo de acudir á los juegos de Anzio. Decidido á huir hasta de la apariencia de diversiones, imposible es que corra tras un placer, y placer que tan poco me agrada. Te espero, pues, en Formio hasta las nonas de mayo.

Del Foro de Apio, hora cuarta. Poco antes te escribí desde las Tres Tabernas.

(1) El primero que me ataque caerá bajo mis golpes.

CARTA XI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Te aseguro que me parece estoy relegado al último rincón desde que me encuentro en Formiano. (1) En Anzio no pasaba día sin que supiese, mejor que los habitantes de Roma, lo que en Roma sucedía. Tus cartas me enteraban de lo ocurrido y de lo que se preparaba, no solamente en Roma, sino que también en toda la República. Aquí no sé otra cosa que lo que por casualidad me dice algún viajero. Así, pues, á pesar de que te espero, da á mi esclavo, á quien he mandado volver en seguida, una larga carta repleta, no solamente de todo lo que haya ocurrido, sino también con todas tus conjeturas; y dime el día en que saldrás de Roma.

Permaneceré en Formiano hasta la víspera de las nonas de mayo: ven antes; si no, tal vez te veré yo en Roma. Porque ¿cómo invitarte á Arpino?

Τρηκεῖ, ἀλλ' ἀγαθὴ κουστρόφος οὔτι ἐγωγε
Ἦς γαίης δὴναμαι γλυκερώτερον ἄλλο ἰδέσθαι.

(Comarca salvaje, pero favorable para el vigoroso desarrollo de la juventud, y no hay tierra en el mundo cuyo aspecto encante más mis ojos y mi corazón.) Cuida de tu salud.

(1) Formiano distaba de Roma dos veces más que Anzio. Este era el antiguo país de los Lestrigones.

CARTA XII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

¿Son ellos los que niegan á Publio su cualidad de plebeyo? (1) Eso es una tiranía que no puede en manera alguna soportarse. Que me cite Publio, y yo afirmaré, bajo juramento, que Cneo Pompeyo, colega de Balbo (2), me ha dicho que él actuó como augur en aquella ocasión. ¡Oh, cuán agradables son tus cartas! ¡Dos á la vez! ¿Cómo celebrar su llegada? Lo ignoro; pero me confieso deudor tuyo. Mira qué *συχρόρημα*. Marchaba tranquilamente de Anzio por la vía Apia, y había llegado á las Tres Tabernas el día mismo de las fiestas de Ceres, cuando encuentro á mi querido Curión que venía de Roma. Al mismo tiempo llega tu esclavo con cartas. Preguntóme Curión si sabía algo nuevo, y le contesté que no. Publio solicita el tribunado de la plebe, ¿qué te parece? Odia mortalmente á César, y su objeto es hacer anular todos sus actos.—¿Y qué dice César? —Niega que confirmase la adopción de Publio Clodio. Después me habló de su odio, del de Memmio y de Metelo Népote. Le abracé, le despedí, y acudí presuroso á tus cartas. ¿Dónde están los que hablan de conversacio-

(1) César y Pompeyo que, después de hacer votar por las curias la adopción de Clodio, discutían ahora la validez de la adopción, apoyándose en vicios de forma. ¿Comenzaban á temerle? No; pero Clodio estaba disgustado por no haber sido nombrado comisario para la repartición de las tierras de la Campania, y de aquí las veleidades de independéncia que disgustaban á sus patronos.

(2) M. Atio ó Actio Balbo, padres de Atia, madre de Octavia. Este, como Pompeyo, era vigintiviro en Campania, pero en vez de llamarle colega de Pompeyo, Cicerón llama por burla á Pompeyo colega de Balbo.



nes á viva voz? Tus cartas me han dicho mil veces más que las palabras de Curión acerca de todo lo que ocurre, de lo que diariamente se susurra; sobre los proyectos de Publio, sobre la trompeta de Βοώπιδος, sobre el porta-estandarte, Athenión (1), sobre las cartas remitidas á Cneo, sobre la conversación de Teófano con Memmio. Pero tengo hambre de detalles de esta orgía; sin embargo, no los escribas; me resignaré. Mejor será que me lo refieras de viva voz.

Me exhortas á escribir, y me dices que la materia aumenta de día en día. Verdad es, pero toda se encuentra en movimiento aún: χατ' ὀπώρην τρῶξ (las heces hierven en otoño). Déjala que se precipite, y entonces veré claro en el asunto. Si te hago esperar algo, tendrás al menos las primicias de mi libro, y sólo por algún tiempo.

Con razón amas á Dicearco: es hombre excelente y ciudadano muy distinto de los que nos gobiernan con desprecio de las leyes. Contesto á la carta en cuanto acabo de leerla; en la hora décima, en las Cereales. (2) Mañana entregaré mi contestación al primero que encuentre. Terencia se deleita con tus cartas, y te desea mucha salud: και Κικερῶν ὁ φιλόσοφος τον πολιτικὸν Τίτον ἀσπ. ζεται. Cicerón el filósofo saluda á Tito el político.

CARTA XIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¡Qué indigna maldad! No has recibido la carta que te escribí en las Tres Tabernas, inmediatamente después de

(1) Vatínio.

(2) En las fiestas de Ceres que se celebraban el 3 de abril.

leer tus encantadoras epístolas. El paquetito en que la puse lo trajeron el mismo día á casa, y acabaron de devolvérmelo de Formio. Te la remito otra vez, y por ella verás cuánto me agradaron tus cartas.

Dices que en Roma no se atreven á hablar; así lo esperaba. En cambio, en nuestros campos no callan á femía: parece que hasta el suelo se levanta contra la tiranía. Ven á la ciudad de los *Αιστριωνίων* (quiero decir, Formiano). ¡Qué murmuraciones! ¡qué irritación! ¡cuánto odio contra nuestro amigo Pompeyo, cuyo apelativo de Grande se va haciendo tan viejo como el de Crasso el Rico! Créeme; no veo á nadie que sobrelleve su mal con tanta paciencia como yo. Filosofemos, pues. Puedo jurarte que no existe cosa mejor. Si tienes que remitir cartas á los Sicionios, corre á Formiano, de donde no me moveré hasta la víspera de las nonas de mayo.

CARTA XIV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¡Cuánto excitas mi curiosidad con el discurso de Bibulo, la conversación de Βωπίδος y su delicado banquete! Ven corriendo á saciar mi sed. Creo que lo que más puede temerse es que nuestro Sampsiceramo (1), viendo que todos quieren caer sobre él y que cuanto hacen no da resultado, se desboque al fin. Por mi parte, me encuentro tan enervado, que prefiero la tiranía en este ocio en que vegeto, á una lucha aun con todas las probabilidades de triunfo.

(1) En Oriente había un rey de este nombre, y como Pompeyo se vanagloriaba de sus hazañas contra él, sin duda le llama así por Burla Cicerón.

Insistes en que escriba. En Formiano es imposible, no estoy en una quinta; me encuentro en una basílica (1), ¡y basílica de la tribu Emilia! Nada digo de los saludos matinales: á la hora cuarta quedaré libre. Pero tengo por vecino inmediato á C. Arrio, ó mejor dicho, comparte mi morada, y se abstiene, según dice, de ir á Roma únicamente por el placer de filosofar todo el día conmigo. Por otra parte me asedia Leboso, el amigo de Cátulo. ¿Dónde refugiarme? En Arpino, á fe mía, y al instante, si no te fuese más cómodo venir á Formiano. Pero ven antes de la víspera de las nonas de mayo. ¡Ya ves á qué hombres tengo condenados los oídos! ¡Excelente ocasión, mientras se encuentre en aprietos, para el que quiera comprarme barato á Formiano! ¿Cómo he de complacerte? ¿cómo entregarme á un trabajo importante que exige mucha meditación y tranquilidad? Sin embargo, quiero hacer lo que deseas y no me perdonaré la labor.

CARTA XV.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD

Veo, por lo que escribes, que la situación es tan incierta en la República como en tu carta; pero me deleita esa variedad de opiniones y de lenguaje. Paréceme que estoy en

(1) Las basílicas eran grandes edificios en los que administraban justicia la mayor parte de los magistrados, se reunían los comerciantes y mercaderes para sus negocios, habiendo por consiguiente mucha concurrencia. Cicerón compara su quinta de Formiano con una basílica á causa de los muchos vecinos que acudían en su busca. En cuanto á los de Arpino, compatriotas de Cicerón, fueron incorporados á la tribu Cornelia, bajo los cónsules Vabrio, Messala y Livio Salinator.

Roma cuando leo tus cartas y que, como de costumbre en tales casos, en tanto oigo una cosa, en tanto otra. Lo que no veo con claridad es qué van á hacer para realizar sin oposición el repartimiento de terrenos (1).

Al aplazar Bibulo los comicios, da pruebas de elevación de ánimo y de buen juicio; pero ¿qué remedia con esto en la República? Sin duda tienen puesta la esperanza en Publio. Que le nombren, que le nombren tribuno del pueblo cuanto antes, si no hay otro medio de hacerte venir del Epiro. No veo que haya manera de hacerte prescindir de él, especialmente si quieres trabar alguna discusión conmigo. Pero no es dudoso que si algo de esto ocurriese, acudirías en seguida. Añado que, aunque me dejase tranquilo, ora acabe de arruinar la República, ora la levante, el espectáculo será divertido y me propongo presenciario, con tal de que ocupes puesto al lado mío.

Acabo de escribir esto cuando llega Leboso: aún no había terminado el gemido, cuando me saluda Arrio. ¿Es esto estar fuera de Roma? ¿A qué huir de unos para caer en otros? Correré á refugiarme en «las patrias montañas y cuna de nuestra infancia.» Si allí no puedo estar solo, al menos no tendré que habérmelas sino con campesinos y no con estos cumplimientos. Nada me dices de cierto, y

(1) De las tierras que Roma había adquirido en Italia por derecho de conquista, habíase dado una parte á las colonias que enviaron á ellas y se arrendaban las rentas. Pero las había tan abandonadas y en tan mal estado, que llegó la necesidad de darlas á particulares, que solamente pagaban el décimo de los granos, el quinto de la leña y algunos pastos. Un tribuno llamado Sp. Torio, eximió á estas tierras de la renta que pagaban, y aunque la ley de aquel tribuno no se aplicó en lo sucesivo, algunos particulares, como Terencia, habían continuado sin pagar. El Malvio de que se habla aquí era, sin duda, agente ó asociado de los que habían tomado á su cargo esta renta que gravaba sobre los terrenos llamados *agri publici*.

permaneceré esperándote en Formiano hasta el día tercero de las nonas de máyo.

Terencia te agradece muchísimo tu interés y diligencia en el asunto de Mulvio. Ignora que defiendes la causa de todos los poseedores de campos públicos. Pero tú concedes algo á los publicanos y ella no quiere pagarles nada. Te saluda, así como también Κικέρων, ἀριστοκρατικωτάτος πατρός.

CARTA XVI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Ya había cenado y comenzaba á dormir la víspera de las kalendas de mayo, cuando llegó tu carta en la que hablas de las tierras de la Campania. ¿Qué te diré? Me impresionó hasta el punto de quitarme el sueño, pero más por meditación que por molestia. He aquí mis reflexiones. En primer lugar, por lo que me dijiste en cartas anteriores, acerca de que sabías por un amigo de César que el plan propuesto no debía disgustar á nadie, temía algo malo y nada parecido esperaba (1). Después se me tranquiliza de pronto, y veo que este formidable reparto queda reducido á las tierras de la Campania; pero, aunque no se den más que diez yugadas (2) por cabeza, solamente habrá para satisfacer á cinco mil personas, y el resto de la multitud caerá sobre los actores. Además, no hay medio más seguro para irritar á los hombres de bien, que ya están muy conmovidos. Suprimidos los peajes de Italia (3) y repartidos los

(1) Trátase de la enmienda de César á la ley de Flavio.

(2) Espacio de terreno de 240 pies de largo y 120 de ancho.

(3) La ley Cecilia, dada el año anterior por el pretor Q. Cecilio Metelo Nepote, había suprimido los peajes.

campos de la Campania, ¿qué recurso interior queda para el Tesoro sino es el vigésimo? (1) Y éste caerá á la primera arenga aplaudida por la turba de aduladores. No sé verdaderamente en qué piensa nuestro Cneo.

φυσᾶ γάρ οὐ μικροῖσιν ἀόλισκοις ἔτι
 Ἄλλ' ἀγρίαις, φύσαισι, φορβείας ἄτερ (2).

Y esto es muy sencillo. Después de dejarse arrastrar tan lejos, no ha podido más que inventar sutilezas: decir que aprobaba las leyes de César, pero que le dejaba la justificación de sus actos; que la ley agraria le parecía buena, y que no examinaba si se la pudo rechazar ó no; que se habría hecho bien en concluir con el Rey de Alejandría (3), pero que no investigaba si Bíbulo había observado ó no el cielo (4); que estaba por los publicanos, pero

(1) Este era un impuesto que se cobraba al dueño cuando manumitía un esclavo y cuando compraba uno nuevo.

(2) Verso de Sófocles, que significa: «No sopla ya en flautas pequeñas, sino en las más grandes y sin correa.» Esta correa se la colocaba el flautista sobre la boca y comprimía las mejillas por temor de que se hinchasen excesivamente, deformasen la boca y dejando escapar demasiado aire se extenuase al músico. Esto es lo que podía ocurrir á Pompeyo si continuaba avanzando á riesgo de no poder llegar al fin.

(3) Ptolomeo Auleta, reconocido, á petición suya, amigo y aliado del pueblo romano. Tenía este rey tanto mayor empeño en este reconocimiento, cuanto que Ptolomeo Alejandro, á quien sucedió, después de la expulsión de este príncipe, había legado por testamento su reino al pueblo romano, habiéndose llevado á Roma una copia de este testamento para ser depositada en el tesoro público, confiándola á este efecto á Pompeyo. Según refiere Cicerón, para muchos era fábula este testamento, mas era probable que Ptolomeo pensase de otra manera, teniendo datos más seguros acerca del asunto. Esto explica sus instancias para que se le declarase aliado del pueblo romano, sosteniéndole en su pretensión Pompeyo, á quien había ayudado mucho durante la guerra con Aristóbulo.

(4) No podía presentarse ninguna ley desde el momento en que un magistrado curul declaraba que antes observaría el vuelo de las aves.

que no podía saber lo que ocurriría á Bibulo si acudía al Foro (1). Y ahora, ¿qué dices, Sampsiceramo? ¿Que nos has dotado con la renta del Antilibano (2) y libertado del de la Campania? ¿Cómo? ¿de qué manera obtendrás esto? El ejército de César, dirás, os obligará á callar. Te aseguro, á fe mía, producirá en mí menos efecto que la ingratitud de algunos hombres que se titulan honrados, y de los que aun estoy esperando, no diré recompensa, sino alguna muestra de agradecimiento por el apoyo que les prestó mi palabra. Si se me ocurriese hacer frente al partido del día, ya sabría yo encontrar fácilmente medio de resistirle. Pero estoy decidido, y puesto que hay desacuerdo entre tu querido Dicearco y mi amado Teofrasto, recomendando el uno la vida activa y el otro la especulativa, pretendo no desagradar á ninguno de los dos. Creo haber hecho bastante por Dicearco; tiempo es ya de que pase al campo en que otros filósofos me invitan al descanso y hasta me censuran que no haya permanecido siempre en él. Entreguémonos, pues, al estudio, querido Tito, á esos nobles trabajos que nunca debimos abandonar.

En cuanto á lo que me escribes de la carta de mi hermano Quinto, yo también he encontrado en ella el pro y el contra, y no sé qué decir. Comienza deplorando su prorrogación, y, cambiando en seguida de tono, me pide revise y publique sus memorias. Ruégote que fijes la atención en lo que dice acerca del derecho de circulación, asunto que, por opinión de su Consejo, ha remitido al Senado para su resolución. Indudablemente no había reci-

(1) Cicerón no podía adivinar que cuando Bibulo se presentase en el foro para oponerse á las empresas de César, le arrojarían, como refiere Plutarco, una espuerta de inmundicias á la cabeza.

(2) Detrás de Sidón, dice Plinio, comienza la cadena del Libano, extendiéndose en un espacio de 1.500 estadios, hasta Simira, en la Celesiria. Igual en altura, y separado por un valle, corre paralelamente el Anti-Libano.

bido mi carta, en la que le decía que, después de examen profundo, parecíame que no se debía tal derecho. Quisiera que vieses si han venido ya del Asia á Roma algunos Griegos para reclamar, y procura, si te place, hacerles conocer mi opinión. Si puedo abstenerme sin que la causa justa padezca en el Senado, haré esta concesión á los publicanos (1). Si no es posible (te diré la verdad), estaré completamente por el Asia y los negociantes; porque veo que están muy interesados en este asunto. Creo además que les necesitamos mucho. Por tí mismo juzgarás. ¿Acaso presentan aún los cuestores algunas dificultades en cuanto á las monedas del Asia? Si no hay medio de recibir otra cosa después de agotar todos los caminos, necesario será recibirlas como último recurso. Te espero en Arpino; te recibiré en esta morada campestre, puesto que has despreciado las orillas del mar.

CARTA XVII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Tienes razón en lo que escribes, y opino lo mismo que tú. Sampsiceramo ha perdido la cabeza, y todo puede temerse: *ὁμολογουμένως τοραννιδι συσκευάζεται*, evidentemente se dirige á la tiranía. ¿Qué significan, si no, ese repentino matrimonio (2), esa repartición de los campos de la

(1) Los publicanos exigían este impuesto sobre las mercancías que circulaban en el interior de una provincia, y los mercaderes sostenían que no debían pagarlo mas que aquellas que pasaban de una provincia á otra.

(2) El matrimonio de Pompeyo con Julia, hija de César, prometido primeramente á Servilio Cepión, y que, á pesar de sus malos procedimientos con Bibulo, por agradar á César quedó desechado en el momento mismo de realizar el enlace.

Campania, ese dinero profusamente derramado? Aunque todo se redujese á esto, ya sería demasiado; pero tales son las circunstancias, que es imposible no vaya más lejos. ¿Podrán ellos mismos deleitarse en estas cosas? No, no se habrían atrevido á tanto, si no existiese un encadenamiento de proyectos funestos. ¡Dioses inmortales! Mas esperemos, como escribes, el vi de los idus de mayo en Arpino: no lloremos; esto sería haber aprovechado muy mal nuestros estudios y vigiliias filosóficas: ya hablaremos tranquilamente.

No me consuela ahora como antes la esperanza, sino la indiferencia en todo, y especialmente en política. Te confieso además (es muy bueno conocer los propios defectos) que entran también en esto algo de vanidad y lo que me queda de amor á la gloria. Atormentábame el temor de que los servicios prestados por Pompeyo á la patria pareciesen, pasados seiscientos años, más grandes que los míos. Ya estoy tranquilo. Ha caído tanto, tanto, que hasta Curio me parece un gigante á su lado.

Pero ya hablaremos de todo esto. Empiezo á creer que te encontraré en Roma á mi regreso, y no lo sentiré si así te conviene. Pero mejor sería que vinieses, según me escribes. Desearía que te enterases por medio de Teófano de las disposiciones de Alabarques (1) relativamente á mí. Obra según tu acostumbrada sutileza; me es muy conveniente saber qué conducta debo observar por este lado. Tal vez su conversación podrá darnos alguna luz en el asunto.

(1) Pompeyo.

CARTA XVIII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

He recibido algunas cartas tuyas, y por ellas veo cuánto te inquieta y suspende tu ánimo el deseo de recibir nuevas. Estamos estrechados por todas partes: ya no se rechaza la servidumbre; lo que se teme, como el mayor de los males, es la muerte y el destierro, que relativamente son tan poco. Todos se lamentan de la situación, pero nadie pronuncia una palabra para remediarla. Creo que el objeto de los que imperan es que, después de ellos, no quede nada que dar. Solamente el joven Curión habla alto y hace abierta oposición. Para él son los aplausos, los honrosos saludos en el Foro y las simpatías de todos los hombres de bien; para Fusio los clamores, gritos y silbidos. Estas demostraciones no me alegran, sino que me contristan, porque veo en la ciudad veleidades de libertad, pero no energía para recuperarla. No me pidas detalles; conténtate con saber que aquí no hay libertad posible, no solamente para los particulares, sino que tampoco para los magistrados. En medio de la opresión general, háblase con claridad suma en las reuniones domésticas y en los convites; pero solamente en tales circunstancias es más poderoso el sentimiento del mal que el temor, y no por esto deja de reinar por todas partes la desesperación. La ley Campañiana contiene una disposición que obliga á los candidatos á jurar en la asamblea del pueblo (1), que nunca propondrán nada contrario á las leyes Julias acerca de la propie-

(1) César exigió este juramento á todos los senadores también.

dad. Todos han jurado, menos Laterensio (1), que ha preferido retirar su candidatura al tribunado á prestar juramento, habiéndose celebrado mucho su acción.

No quiero decirte más acerca de la República: «Contrástame profundamente estas cosas, y con mucho dolor las escribo.» En medio del rebajamiento general, conservo todavía actitud esaz altiva, aunque no tan firme como en tiempos de mis pasados hechos. Recibo de César indicaciones muy generosas para hacerme como legado suyo (2); también puedo obtener una legación libre por razón de votos. Pero una misión no me garantizaría bastante del pudibundo Clodio y me impediría asistir á la llegada de mi hermano: la otra posición es más segura y no me impide volver cuando me plazca. Me reservo este recurso, pero es muy probable que no lo aproveche. Nadie sabe nada de esto. No me conviene huir, y prefiero luchar. Las disposiciones son excelentes. Pero no estoy decidido todavía: guarda silencio acerca de esto.

Amarga ha sido para mí la manumisión de Stacio y otras cosas más; pero ya se ha formado el callo. ¡Cuán grande es mi pesar por no tenerte aquí! Contigo no carecería de consuelos y consejos. Mantente preparado para acudir corriendo si te llamo.

(1) M. Juvencio Laterensio, que desistió de la petición del tribunado por no prestar este juramento.

(2) Disponiéndose César á marchar á las Galias, proponía á Cicerón el cargo de teniente suyo para ponerle al abrigo de las violencias de Clodio. Así le dispensaba un favor muy grande y demostraba también que olvidaba las ofensas que creía haber recibido de Cicerón y por las cuales había querido vengarse. Pero Cicerón vió desde luego que César solamente se proponía hacerle protegido suyo, y no aceptó el ofrecimiento.

CARTA XIX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Muchas cosas me contristan: la República y sus agitaciones; los peligros que me rodean ¡y cuántos son! Sin embargo, nada hay tan cruel como la manumisión de Stacio. «¡Tan poca deferencia conmigo! ¡Qué digo deferencia? ¡Tan poca atención con mi dolor!» No sé qué hacer, pero en el fondo habrá más ruido que daño. No sé irritarme con aquellos á quienes amo de corazón; me limito á afligirme, y esto lo hago maravillosamente. En cuanto á los negocios graves, las amenazas de Clodio y los combates que preparan en contra mía, me afectan muy poco. Creo que me encuentro en posición de aceptar la batalla con honor ó esquivarla sin deshonra. Pero tal vez me dirás: —¿No has hecho bastante por el honor? Ya es tiempo, créeme, de pensar en la conservación.— ¡Desgraciado de mí! ¿por qué no estás á mi lado? nada escaparía á tu amistad. Tal vez se encuentra turbada mi vista; tal vez soy demasiado escrupuloso, demasiado delicado acerca del sentimiento del deber.

Ten presente que nunca existió nada más innoble, más odioso á todas las clases, á todos los órdenes, á todas las edades que el estado en que hoy vivimos. Esto avanza más de lo que podía creer yo; más, á fe mía, de lo que quisiera. Estos hombres populares (1) de hoy han enseñado hasta á los más tímidos á silbarles. Ensálzase hasta las nubes á Balbo, no sé bien por qué, pero se le ensalza, en fin, como «el

(1) Pompeyo, César y Crasso.

hombre único que contemporizando ha restablecido los negocios (1).»

Pompeyo, mi ídolo, por el que hoy gimo, por sí mismo se ha hundido: nadie está con él por adhesión, y temo llegue á considerar el terror como auxiliar indispensable. Por una parte me abstengo de combatirles á causa de nuestra antigua amistad; y por otra, mi pasado me prohíbe aprobar lo que hacen: permanezco, pues, en el justo medio.

Las disposiciones del pueblo se manifiestan especialmente en los teatros y en los espectáculos. En el combate de gladiadores recibieron á silbidos al dueño de ellos (2) y á su cortejo. En los juegos Apolinarios (3), el trágico Difilo hizo una alusión muy viva á nuestro amigo Pompeyo, en este verso: «Por nuestra miseria eres grande tú,» y se lo hicieron repetir mil veces. Después acompañaron su voz los gritos de toda la concurrencia, cuando dijo: «Tiempo llegará en que llores profundamente por tu desgraciado poder.» Otros muchos pasajes han dado ocasión á iguales demostraciones; porque parece que un enemigo de Pompeyo ha hecho estos versos para las circunstancias actuales. Estas palabras: «Nada te detiene, ni las leyes, ni las costumbres,» y otras muchas más fueron recibidas con frenéticas aclamaciones. Cuando llegó César se le recibió con profunda frialdad. Por el contrario, á Curión, que le seguía, le saludaron con nutridos aplausos, como en otro tiempo á Pompeyo en los días felices de la República. César se disgustó mucho, y se dice que mandó en seguida una carta á

(1) Verso de Ennio hablando de Q. Favio Máximo, quien después de la batalla de Cannas restableció los asuntos de Roma, evitando el combate con Aníbal y molestándole sin cesar.

(2) Este dueño de gladiadores era Gabinio, y los convidados César y Pompeyo, que le hicieron cónsul al año siguiente.

(3) L. Calpurnio Pisón estableció estos juegos durante su praetura en 543.

Pompeyo, que se encuentra en Capua. No se perdona á los caballeros que tanto aplaudieron á Curión, y á todo el mundo se achaca la culpa. Están amenazadas la ley Roscia y hasta la Frumentaria (1). Todo está perturbado, y preferiría que les dejasen hacer sin decir nada. Pero temo que no suceda así. No pueden acostumbrarse á lo que se habrá de sufrir. El clamor contra ellos es unánime, clamor de odio que ninguna fuerza puede resistir. Nuestro querido Publio no deja de amenazarme, y se declara abiertamente enemigo mío. La tempestad se cierne sobre mi cabeza; acude al primer relámpago. Veo estrecharse en derredor mio el antiguo ejército de los buenos, y hasta de los que lo son á medias, de la época de mi consulado. Creo que Pompeyo también se decide por completo: dice que Clodio no pronunciará una palabra y responde de ello. Pompeyo no me engaña, pero se engaña él mismo.

Hanme ofrecido la plaza de Cosconio, que acaba de morir. Esto sería suceder á un muerto, y nada me perjudicaría tanto en la opinión, ni sería menos á propósito para ponerme á cubierto. Esas funciones son odiosas á los hombres de bien, y por ellas seguiría siendo objeto del odio de los malvados, y además me atraería las enemistades que en este momento se dirigen á otros.

César continúa pidiéndome por legado. Esta sería salvaguardia más honrosa, pero no la quiero. ¿Qué deseo, pues? Intentar el combate, pero no estoy decidido aún. Otra vez lo digo. ¡Ojalá estuvieses aquí! Pero si es necesario, te llamaré.

¿Qué más te diré? ¿Qué más? Esto solo: todo está perdido. ¿A qué ocultárnoslo por más tiempo? Escribo apresura-

(1) Esta era la ley de C. Graco, abrogada en seguida por M. Octavio, y restablecida después por L. Apuleyo Saturnino. Esta ley ordenaba que se diera el trigo al pueblo á la mitad y hasta á la tercera parte del precio corriente.

damente y con alguna desconfianza, te lo confieso. Más adelante me explicaré por completo y sin rodeos, si cuento con mensajero completamente seguro: si no, te escribiré con palabras oscuras, pero que tú comprenderás bien. Yo seré Lelio, tú Furio, los demás en enigma. Aquí tengo con Cecilio todo género de consideraciones y deferencias. He sabido que te han remitido los edictos de Bíbulo. (1) Pompeyo arde en ira.

CARTA XX.

CICERÓN Á ANICO, SALUD.

He complacido á Anicato, que me ha expresado tu deseo, y por los afectuosos términos de tu carta he otorgado mi amistad á Numestio. En cuanto á Cecilio, le dedico todas las atenciones posibles. Estoy satisfecho de Varrón (2). Pompeyo me quiere y acaricia. ¿Lo crees? me dirás: sí, lo creo; más aún, me ha convencido. Pero como veo que todos los hombres experimentados, tanto historiadores como poetas, tienen por máxima que es necesario permanecer siempre precavido y no creer jamás, me conformo con lo primero y permanezco sobre aviso. Pero no depende de mi voluntad no creer.

(1) No pudiendo vencer César la resistencia de su colega Bíbulo á la promulgación de sus leyes, le arrojó del Foro á mano armada. Bíbulo se quejó al Senado, donde no se encontró quien se atreviese á protestar contra aquella violencia. Retiróse por tanto á su casa y permaneció encerrado en ella todo el tiempo de su consulado, continuando su oposición por medio de edictos.

(2) Filósofo estoico á quien Cicerón escuchó en su infancia, quiso y admiró, y con el que se ejercitó especialmente en la dialéctica: alojóle en su casa durante muchos años, y en ella murió ciego, legando á Cicerón cerca de cien mil sextercios.

Clodio continúa amenazándome: Pompeyo asegura que no hay peligro, y así lo jura. Hasta llega á decir que antes habrá de matarle á él que hacerme daño á mí. Se trabaja, y en cuanto se decida algo, lo sabrás. Si es necesario luchar, vendrás á compartir nuestros esfuerzos. Si reina la paz, no te sacaré de tu Amaltea.

Poco te diré de la República. Comienzo á temer que me denuncien mis cartas; así es que, en caso de necesidad, te escribiré con palabras veladas. La ciudad se muere en este momento de una enfermedad nueva. Nadie está contento: todos se quejan y gimen. En este punto existe completa conformidad. Se grita muy recio, pero no se aplica ningún remedio al mal. Si se quiere resistir, se matarán unos á otros, y en este caso no veo fin á la matanza mientras sobreviva uno solo.

El entusiasmo y el favor popular levantan á Bibulo hasta las nubes: todos se ocupan en copiar y leer sus edictos (1). Este ha caminado á la gloria por sendero completamente nuevo. Hoy nada es tan popular como detestar á los hombres populares.

Me estremezco al pensar en que parara todo esto. Si entreveo algo, te lo diré. En cuanto á tí, si me amas, y me amas mucho, prepárate para acudir al primer aviso. Lo hago é intentaré todo para que no llegue este caso. Te dije que me escribieras bajo el nombre de Furio, pero es inútil el pseudónimo. Yo seré Lelio, pero tú continuarás Atico. Me abstendré de emplear mi escritura y mi firma, pero solamente en aquellas cartas que no querría cayesen en manos extrañas.

Diodoto ha muerto, dejándome cerca de cien mil sex

(1) M. Terencio Varron, «el más sabio de los Romanos.» Este y Atico eran los amigos más íntimos de Cicerón. Fué teniente de Cn. Pompeyo en España, pero abandonado por una de las dos legiones que mandaba, llevó la otra á César y se rindió á él.

tercios (1). Un edicto de Bibulo, verdaderamente digno de Arquíloco, aplaza los comicios hasta la víspera del día xv de las kalendas de noviembre. He recibido el libro de Vibio (2), poeta desgraciado, pero que algo sabe y no es inútil. Haré copiar el libro y te lo remitiré.

CARTA XXI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

¿Para qué he de disfrazar lo que ocurre en la República? Todo está perdido: todo ha empeorado después de tu marcha. La opresión que pesaba entonces sobre la ciudad era agradable á la multitud, y, aunque odiosa, no funesta para los hombres honrados. De pronto ha llegado á ser tan execrada por todos, que no pienso sin estremecerme en las explosiones que son inevitables. Hemos visto la ira y arrebatos de aquellos que lo han destruido todo por animadversión á Catón (3); pero al principio empleaban venenos lentos, de los que podía morirse sin dolor. Ahora que el pueblo les silba, que los hombres honrados se quejan, que toda la Italia murmura, todo lo temo de su excesiva irritación.

Esperaba antes en verdad, y frecuentemente he hablado

(1) Bibulo se vengaba de la humillación á que le habían reducido lanzando edictos que eran verdaderos libelos contra César y Pompeyo. Pero menos afortunado que Arquíloco, que consiguió se ahorcase Licambo, sus enemigos no hicieron lo mismo.

(2) Este es Alejandro de Efeso, autor de una Cosmografía en verso que cita Strabón. Podía ser útil á Cicerón, que se ocupaba en un trabajo sobre el mismo asunto.

(3) La resistencia de Catón no era la causa única de los atentados que César y Pompeyo cometieron contra las libertades públicas, pero sin duda entraba por algo en ellas.

contigo de ello, que el círculo de la república realizase su revolución sin ruido y hasta sin que pudiese verse el surco: y de tal manera habría sucedido, á poder resignarse hasta el fin. Pero después de haber suspirado en secreto durante mucho tiempo, han comenzado á gemir, y á poco se ha levantado universal concierto de quejas y de gritos.

Y nuestro amigo, aquel á quien no alcanzaba la sátira, acariciado siempre por la lisonja, rodeado de gloria, cabizbajo y abatido hoy, no sabe adónde volver los ojos. Ve la caída si avanza, la vergüenza si retrocede. Los hombres honrados no le quieren, y ni siquiera son amigos suyos los malvados. Y contempla mi debilidad: no pude contener las lágrimas cuando le ví el día VIII de las kalendas de agosto subir á la tribuna para hablar en contra de los edictos de Bibulo. Aquel que en ese sitio, adorado por el pueblo, rodeado del favor general, tan magníficamente hablaba de sí mismo, ¡qué humilde y quebrantado se encontraba! ¡qué bien se veía que no estaba más contento de sí mismo que aquellos que le escuchaban!

Este espectáculo solamente para Crasso era agradable (1); para los demás muy triste. Del cielo no se baja, se cae. Pero de la misma manera como Apeles ó Protógenes (2), si

(1) Crasso veía en Pompeyo el que le había arrebatado la gloria de poner fin á la guerra de los esclavos. Conteníase por consideración á César, que comprendía la necesidad de una reconciliación, al menos aparente, entre aquellos dos hombres, pero en su interior se regocijaba de los yerros de su antiguo rival.

(2) Imagen delicada que revela sentimientos verdaderamente tiernos de Cicerón á Pompeyo.—Apeles y Protógenes vivían hacia el año 400 de Roma. La Venus de que aquí se habla es la *Anadymona*, consagrada por Augusto en el templo de César. Habiéndose deteriorado la parte inferior de la figura, no pudo encontrarse artista capaz de restaurarla, de suerte que el deterioro contribuyó á la gloria del autor. El tiempo destruyó aquel cuadro, y Nerón lo reemplazó con otro de mano de Dositheo. El *Ialysus* pasaba por ser la obra maestra de Protógenes, admirándose todavía en Roma en tiempos de Plinio. En este cuadro figuraba un perro jadeando, cuya baba en vano

tercios (1). Un edicto de Bibulo, verdaderamente digno de Arquíloco, aplaza los comicios hasta la víspera del día xv de las kalendas de noviembre. He recibido el libro de Vibio (2), poeta desgraciado, pero que algo sabe y no es inútil. Haré copiar el libro y te lo remitiré.

CARTA XXI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

¿Para qué he de disfrazar lo que ocurre en la República? Todo está perdido: todo ha empeorado después de tu marcha. La opresión que pesaba entonces sobre la ciudad era agradable á la multitud, y, aunque odiosa, no funesta para los hombres honrados. De pronto ha llegado á ser tan execrada por todos, que no pienso sin estremecerme en las explosiones que son inevitables. Hemos visto la ira y arrebatos de aquellos que lo han destruido todo por animadversión á Catón (3); pero al principio empleaban venenos lentos, de los que podía morirse sin dolor. Ahora que el pueblo les silba, que los hombres honrados se quejan, que toda la Italia murmura, todo lo temo de su excesiva irritación.

Esperaba antes en verdad, y frecuentemente he hablado

(1) Bibulo se vengaba de la humillación á que le habian reducido lanzando edictos que eran verdaderos libelos contra César y Pompeyo. Pero menos afortunado que Arquíloco, que consiguió se ahorcase Licambo, sus enemigos no hicieron lo mismo.

(2) Este es Alejandro de Efeso, autor de una Cosmografía en verso que cita Strabón. Podía ser útil á Cicerón, que se ocupaba en un trabajo sobre el mismo asunto.

(3) La resistencia de Catón no era la causa única de los atentados que César y Pompeyo cometieron contra las libertades públicas, pero sin duda entraba por algo en ellas.

Clodio continúa amenazándome: Pompeyo asegura que no hay peligro, y así lo jura. Hasta llega á decir que antes habrá de matarle á él que hacerme daño á mí. Se trabaja, y en cuanto se decida algo, lo sabrás. Si es necesario luchar, vendrás á compartir nuestros esfuerzos. Si reina la paz, no te sacaré de tu Amaltea.

Poco te diré de la República. Comienzo á temer que me denuncien mis cartas; así es que, en caso de necesidad, te escribiré con palabras veladas. La ciudad se muere en este momento de una enfermedad nueva. Nadie está contento: todos se quejan y gimen. En este punto existe completa conformidad. Se grita muy recio, pero no se aplica ningún remedio al mal. Si se quiere resistir, se matarán unos á otros, y en este caso no veo fin á la matanza mientras sobreviva uno solo.

El entusiasmo y el favor popular levantan á Bibulo hasta las nubes: todos se ocupan en copiar y leer sus edictos (1). Este ha caminado á la gloria por sendero completamente nuevo. Hoy nada es tan popular como detestar á los hombres populares.

Me estremezco al pensar en que parara todo esto. Si entreveo algo, te lo diré. En cuanto á tí, si me amas, y me amas mucho, prepárate para acudir al primer aviso. Lo hago é intentaré todo para que no llegue este caso. Te dije que me escribieras bajo el nombre de Furio, pero es inútil el pseudónimo. Yo seré Lelio, pero tú continuarás Atico. Me abstendré de emplear mi escritura y mi firma, pero solamente en aquellas cartas que no querría cayesen en manos extrañas.

Diodoto ha muerto, dejándome cerca de cien mil sex

(1) M. Terencio Varron, «el más sabio de los Romanos.» Este y Atico eran los amigos más íntimos de Cicerón. Fué teniente de Cn. Pompeyo en España, pero abandonado por una de las dos legiones que mandaba, llevó la otra á César y se rindió á él.

tercios (1). Un edicto de Bibulo, verdaderamente digno de Arquíloco, aplaza los comicios hasta la víspera del día xv de las kalendas de noviembre. He recibido el libro de Vibio (2), poeta desgraciado, pero que algo sabe y no es inútil. Haré copiar el libro y te lo remitiré.

CARTA XXI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

¿Para qué he de disfrazar lo que ocurre en la República? Todo está perdido: todo ha empeorado después de tu marcha. La opresión que pesaba entonces sobre la ciudad era agradable á la multitud, y, aunque odiosa, no funesta para los hombres honrados. De pronto ha llegado á ser tan execrada por todos, que no pienso sin estremecerme en las explosiones que son inevitables. Hemos visto la ira y arrebatos de aquellos que lo han destruido todo por animadversión á Catón (3); pero al principio empleaban venenos lentos, de los que podía morirse sin dolor. Ahora que el pueblo les silba, que los hombres honrados se quejan, que toda la Italia murmura, todo lo temo de su excesiva irritación.

Esperaba antes en verdad, y frecuentemente he hablado

(1) Bibulo se vengaba de la humillación á que le habían reducido lanzando edictos que eran verdaderos libelos contra César y Pompeyo. Pero menos afortunado que Arquíloco, que consiguió se ahorcase Licambo, sus enemigos no hicieron lo mismo.

(2) Este es Alejandro de Efeso, autor de una Cosmografía en verso que cita Strabón. Podía ser útil á Cicerón, que se ocupaba en un trabajo sobre el mismo asunto.

(3) La resistencia de Catón no era la causa única de los atentados que César y Pompeyo cometieron contra las libertades públicas, pero sin duda entraba por algo en ellas.

contigo de ello, que el círculo de la república realizase su revolución sin ruido y hasta sin que pudiese verse el surco: y de tal manera habría sucedido, á poder resignarse hasta el fin. Pero después de haber suspirado en secreto durante mucho tiempo, han comenzado á gemir, y á poco se ha levantado universal concierto de quejas y de gritos.

Y nuestro amigo, aquel á quien no alcanzaba la sátira, acariciado siempre por la lisonja, rodeado de gloria, cabizbajo y abatido hoy, no sabe adónde volver los ojos. Ve la caída si avanza, la vergüenza si retrocede. Los hombres honrados no le quieren, y ni siquiera son amigos suyos los malvados. Y contempla mi debilidad: no pude contener las lágrimas cuando le ví el día viii de las kalendas de agosto subir á la tribuna para hablar en contra de los edictos de Bibulo. Aquel que en ese sitio, adorado por el pueblo, rodeado del favor general, tan magníficamente hablaba de sí mismo, ¡qué humilde y quebrantado se encontraba! ¡qué bien se veía que no estaba más contento de sí mismo que aquellos que le escuchaban!

Este espectáculo solamente para Crasso era agradable (1); para los demás muy triste. Del cielo no se baja, se cae. Pero de la misma manera como Apeles ó Protógenes (2), si

(1) Crasso veía en Pompeyo el que le había arrebatado la gloria de poner fin á la guerra de los esclavos. Conteniase por consideración á César, que comprendía la necesidad de una reconciliación, al menos aparente, entre aquellos dos hombres, pero en su interior se regocijaba de los yerros de su antiguo rival.

(2) Imagen delicada que revela sentimientos verdaderamente tiernos de Cicerón á Pompeyo.—Apeles y Protógenes vivían hacia el año 400 de Roma. La Venus de que aquí se habla es la *Anadymona*, consagrada por Augusto en el templo de César. Habiéndose deteriorado la parte inferior de la figura, no pudo encontrarse artista capaz de restaurarla, de suerte que el deterioro contribuyó á la gloria del autor. El tiempo destruyó aquel cuadro, y Nerón lo reemplazó con otro de mano de Dositheo. El *Ialysus* pasaba por ser la obra maestra de Protógenes, admirándose todavía en Roma en tiempos de Plinio. En este cuadro figuraba un perro jadeando, cuya baba en vano

el uno hubiese visto arrojar cieno sobre su Venus y el otro sobre su Jalyso, encontrábame yo dominado por mortal angustia. No podía contemplar sin profundo dolor la innoble transformación de esa hermosa figura que yo también me había complacido en decorar con brillantes colores. Todos saben que entre él y yo, después del asunto de Clodio, no es posible la intimidad; sin embargo, tanto le he querido, que ni sus injurias han podido secar por completo mi corazón. Los edictos, en estilo de Arquíloco, que Bíbulo ha lanzado contra él, tienen tanta aceptación en el pueblo, que en todos los parajes donde los fijan la muchedumbre que se aglomera para leerlos interrumpe la circulación. Consúmele el enojo; y yo, á fe mía, veo con dolor expuesto á tan crueles disgustos aquel á quien tanto he querido. Temo además que un hombre tan vehemente, que un guerrero tan terrible con el acero en la mano y tan poco acostumbrado á las injurias, se deje arrastrar por las sugerencias de su dolor y resentimiento.

Ignoro á dónde se dirige Bíbulo; pero por el momento le ensalzan hasta las nubes. Prorrogó los comicios para el mes de octubre, y sabes cuánto les agradan estos aplazamientos. César creyó que le sería fácil levantar al pueblo contra Bíbulo, y dice en la tribuna muchas cosas á propósito para sublevarle. Nadie se mueve. ¿Qué te diré? Saben que nadie les apoya, y esto es precisamente lo que me hace temer violencias.

Clodio es mi enemigo declarado. Pompeyo asegura que nada hará contra mí; pero no podría confiar mi peligro en

había querido el pintor presentar á su gusto. Disgustado al fin con el arte que aparecía demasiado, lanzó la esponja contra la parte del cuadro que le disgustaba, y la esponja dejó los colores de que estaba impregnada, de la manera que Protógenes había procurado inútilmente encontrar con los pinceles, debiéndose á la casualidad lo que el arte no pudo encontrar. Así lo refieren Plinio, Aulo Gelio, Eliano y Pjutarco.

esta seguridad. Prepárome, pues, al combate. Creo que todos los órdenes están muy animados en favor mío. Deseo que vengas á mi lado, y las circunstancias te llaman. Tu presencia me dará prudencia, valor y fortaleza; pero ven á tiempo. Estoy satisfecho de Varrón. Pompeyo habla como un dios. Espero salir de este paso con mayor gloria, ó al menos sin perder ninguna. Procura que sepa qué haces, si pasas agradablemente el tiempo, y cómo te encuentras con los Sicionios.

CARTA XXII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD

¡Por qué no estás en Roma! Lo estarías seguramente si hubiésemos podido adivinar los sucesos. Con facilidad habríamos retenido al barbilindo, ó al menos conoceríamos sus proyectos. Hoy se agita, se enardece y no sabe lo que quiere; hace demostraciones hostiles á derecha é izquierda, y parece que intenta dejar á la ocasión que decida de sus golpes. Cuando piensa en la impopularidad del actual orden de cosas, creeríase que va á lanzarse contra sus autores; mas cuando ve de qué lado están los movimientos de acción y el ejército, se vuelve contra nosotros. En cuanto á mí, en tanto me amenaza con la fuerza, en tanto con persecuciones legales.

Pompeyo me ha dicho (y acerca de esto no tengo más que su palabra) que ha sostenido con él una discusión muy viva acerca de mí. Ha llegado hasta decirle que se consideraría como hombre infame, abominable, si corriese yo el menor peligro por iniciativa de aquel á quien él mismo puso las armas en la mano, al consentir que pasase á la plebe; le ha recordado que tenía su promesa y la de Ap-

pio; que si faltaban á ella haría ver que nada del mundo le era tan querido como mi amistad. Habló largamente sobre esto, y parece que Clodio discutió mucho, pero al fin se prestó á todo y prometió no hacer nada que disgustase á Pompeyo. Sin embargo, continúa empleando violentísimo lenguaje: pero aunque así no lo hiciese, no confiaría yo, ni dejaría de estar prevenido, y esto es lo que hago.

Gracias á mis cuidados, aumentan diariamente mi popularidad y mis fuerzas: no me mezelo en nada absolutamente de los asuntos políticos, entregándome por completo á los negocios particulares y trabajos del foro. Por éste medio me atraigo el favor de aquellos á quienes sirvo y del pueblo. Mi casa está llena siempre, y me rodean cuando salgo: renuévase la memoria de mi consulado: llueven sobre mí protestas de adhesión, y tal es mi confianza, que á veces deseo la lucha en vez de temerla.

Ahora es cuando necesito de tus consejos, de tu amistad, de tu experimentada prudencia. Ven corriendo: contigo todo me será fácil. Mucho se puede por medio de Varrón, pero es necesario que estés tú presente para influir en él con más eficacia. Multitud de cosas hay que saber de Publio Clodio y me es muy importante conocerlas. Muchas también... pero es absurdo dar explicaciones detalladas. Tú me servirás grandemente en todo.

Una sola palabra te bastará hoy; todo me será fácil si estás á mi lado. Pero es indispensable que vengas antes de que entre en funciones. Con Crasso para sondear á Pompeyo, y contigo para hacer hablar á Βοώπιον y saber hasta qué punto puedo contar con el uno y con el otro, creo que podré preservarme de todo daño ó al menos de toda ilusión. No te dirijo súplicas ni ruegos. Sabes lo que quiero, lo que exigen las circunstancias y cuán importante es la cuestión que se agita.

Nada puedo decirte de la República, sino que unánimemente se detesta á los que hoy son sus dueños. No hay,

sin embargo, esperanza alguna de cambio. Pompeyo, y fácilmente creerás esto, está disgustado de sí mismo: no puedo decir cómo terminará esto, pero es inevitable una explosión.

Te he remitido las obras de Alejandro, autor descuidado y mediano poeta, pero no completamente inútil. He otorgado con mucho gusto mi amistad á Numerio Numesto, reconociéndole como varón grave, prudente y digno de tu recomendación.

CARTA XXIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Creo que hasta hoy no has recibido ninguna carta mía que no esté escrita por mi mano. Calcular puedes al ver ésta cuántas serán mis ocupaciones: todos los instantes los tengo empleados. Pero necesitaba pasear para recobrar la voz, y dicto paseando.

Te diré en primer lugar que nuestro amigo Sampsicramo se arrepiente amargamente del papel que desempeña; que querría encontrarse en el puesto de que cayó; que me confiesa sus disgustos y deja entrever que busca remedio para ellos, pero no veo ninguno. Te diré en seguida que jefes y prosélitos, todo ese partido al que nada resiste, va á morir de extenuación, y que además nunca existió mayor unanimidad en la reprobación particular y pública de que es objeto.

En cuanto á mí (puesto que deseas saberlo) no intervengo en ningún negocio político, ocupándome exclusivamente de las causas y trabajos del foro. Pero comprenderás que algunas veces pienso en mi pasado y que pienso suspirando. Entre tanto, nuestro hermano de Βοῶπιδος, no

se limita á medianas amenazas en contra mía: oculta sus proyectos á Sampsiceramo, pero ante los demás los ostenta y se lisonjea de ellos. Así, pues, si me estimas tanto como en realidad me estimas, si duermes, despierta; si estás de pie, camina; si caminas, redobla el paso; y si corres, vuela. No es posible imaginar cuánto espero de tus consejos, de tu prudencia, y principalmente de tu fiel amistad. La importancia del asunto exigiría larga oración; bastan pocas palabras entre hombres que se comprenden. Es necesario que estés en Roma para los comicios, y lo más tarde, si no puedes, para el momento en que lo proclamen. Cuida bien de tu salud.

CARTA XXIV.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Muy exigente, muy apremiante me he mostrado en la carta que entregué á Numestio. Pues á esa urgencia añádele algo más si es posible. Pero no te alarmes: te conozco y sé bien cuán fácilmente se experimenta inquietud cuando se ama. Creo que el negocio es de aquellos que producen más ruido que resultados prácticos.

El famoso Vecio (1), aquel que me daba tan excelentes noticias, se ha comprometido con César, á lo que creo, á mezclar en alguna trama á Curión el hijo. El hecho es que se ha insinuado en la familiaridad de este joven, que ha tenido muchas entrevistas con él, y que ha llegado hasta con-

(1) Este Vecio había denunciado en otro tiempo á César como cómplice de Catilina, y también á algunos otros que fueron aprisionados y ejecutados; y todo para que le perdonasen haber estado comprometido él también en la conspiración.

fiarle su resolución de lanzarse con sus esclavos sobre Pompeyo y matarle. Curión se lo dijo á su padre, y éste á Pompeyo. El asunto se ha llevado al Senado, y presentándose Vecio comenzó por negar sus relaciones con Curión; pero no insistió mucho tiempo en la negativa, y ofreció decirlo todo bajo la garantía de la fe pública. Nadie reclamó. Entonces declaró que algunos jóvenes, con Curión á la cabeza, habían fraguado un golpe de mano; que Paulo (1) fué jefe primeramente, así como también Cepión (2), Bruto y Léntulo (3), hijo del flámín, éste á sabiendas de su padre; que un día, Septimio, secretario de Bíbulo, vino á traerle, por encargo de éste, un puñal. Al escuchar esto, todos se burlaron. ¡Vecio no podía procurarse un puñal si no mediaba el cónsul! La afirmación pareció tanto más absurda, cuanto que el III de las kalendas de mayo, Bíbulo había prevenido á Pompeyo que estuviese alerta, y Pompeyo le había dado las gracias.

Presentado á su vez el joven Curión, repitió cuanto había dicho Vecio, y contestó á todo; refutándole principalmente en lo de que el plan de los jóvenes conspiradores era atacar á Pompeyo en el Foro con los gladiadores de Gabinio, y que Paulo era el jefe de la empresa. Ahora bien; público es que en aquella época se encontraba Paulo en Macedonia. El proyecto de *senatusconsulto* se redactó en el acto, y en él se dice que convicto Vecio de haber llevado armas, será encarcelado, declarándose enemigo público á todo aquel que intente libertarle. Créese general-

(1) L. Emilio Paulo, cuestor entonces en Macedonia, y que en 704 fué cónsul con C. Claudio Marcelo.

(2) Llamábasele así porque le había adoptado su tío Q. Servilio Cepión.

(3) L. Cornelio Léntulo. Impulsado Vecio por Vatínio, quería, al denunciar al hijo, comprometer al padre, ó sea á L. Léntulo Níger, flámín de Marte, porque éste era competidor de L. Pisón y de Gabínio, á quienes César y Pompeyo querían hacer elegir cónsules,

mente que Vecio quería ser sorprendido en el Foro llevando un puñal y con sus esclavos igualmente armados; que entonces hubiese ofrecido revelaciones, y que la trama ha fracasado solamente por el aviso de los Curiones á Pompeyo. Se ha leído el senatusconsulto en la asamblea del pueblo; pero al día siguiente, César, el mismo que antes fué pretor (1), obligó á G. Cátulo á hablar desde abajo, hizo subir á Vecio á la tribuna de las arengas, poniéndole de esta manera en posesión de aquel lugar, para que Bibulo, que es cónsul, no pudiera presentarse en él. Allí pudo decir Vecio cuanto quiso: estaba aleccionado y había aprendido bien. Comenzó por libertar completamente del cargo á Cepión (2), á quien atacó con rudeza la víspera, demostrando claramente con esto que la noche y sus seducciones le habían aconsejado. En seguida acusó á personas á quienes no había dirigido ni la más pequeña alusión en el Senado: á Lúculo, con el que comunicaba, según dijo, por medio de C. Fannio (3); uno de los acusadores de P. Clodio; á L. Domicio, de cuya casa pretendía debían sacarse las ar-

(1) El primer día de su pretura citó César ante el pueblo á L. Cátulo, á quien habían encargado de la reconstrucción del Capitolio, para que diese cuenta de su gestión. César le obligó á hablar en el plano, no pudiendo subir nadie á la tribuna sin que le invitase un magistrado. Este insulto no impidió que acudiesen en tropel los patricios para proteger á Cátulo y defenderle de las probables violencias de César y de sus gentes.

(2) César había encargado á Vecio guardase silencio en cuanto á Cepión. César mantenía entonces relaciones amorosas con Servilia, madre de M. Bruto.

(3) Era entonces tribuno del pueblo. En 693 fué uno de los acusadores de P. Clodio, profanador de los misterios de la Buena Diosa, y aquí se le ve denunciado por Vatinio como comprometido en la trama para asesinar á Pompeyo. Cicerón tenía alta opinión de él, y no dudaba que el pueblo romano le demostraría muy pronto su estimación elevándole á los honores más eminentes. En efecto, Fannio fué nombrado pontífice en 697. No era todavía pretor en 698, es decir, cuando Cicerón le precedía esta dignidad; pero lo fué en 706.

mas. A mí no me nombró; pero habló de un consular, hábil orador y vecino del cónsul, como habiéndole dicho que se necesitaba un Servilio Ahala (1) ó un Bruto. Al final añadió, cuando ya estaba disuelta la asamblea, que Vatinio le llamó, y que oyó decir á Curión que mi yerno Pisón (2) y M. Laterense estaban enterados de todo.

Vecio se encuentra ahora ante Crasso Dives (3) por el hecho de violencia. Si recae condenación, ofrecerá revelaciones; y si consigue su propósito, no terminará pronto su trabajo la justicia. Aunque me preocupo fácilmente de todo, no presto grande atención á este asunto. La opinión se declara elocuentemente en favor mío; pero estoy cansado de la vida: ¡está tan llena de miserias! Así, pues, á pesar de que gracias á la enérgica respuesta de un noble anciano, Q. Considio, hemos escapado á una matanza, debemos vivir prevenidos, porque en el primer momento puede correr la sangre. ¿Qué te diré? Que nadie hay más desgraciado que yo, ni más afortunado que Cátulo, tanto por el esplendor de su vida como por la oportunidad de su muerte. Sin embargo, en medio de tantas causas de aflicción, no decae mi ánimo y permanece erguido, procurando no omitir nada para mantener mi dignidad.

Pompeyo continúa asegurando que nada tengo que temer de parte de Clodio, y en todos sus discursos muestra benevolencia hacia mí. Estoy impaciente por escuchar tus consejos, por confiarte mis penas y por comunicarte

(1) C. Servilio Ahala, jefe de caballería, mató por orden de Quinto Cincinato á Sp. Melio que aspiraba á la tiranía.

(2) Pisón Frugi, primer marido de Tulia.

(3) Hacía ya ciento cincuenta años que este sobrenombre estaba en la familia. El primero que le llevó fué P. Licinio Crasso, cónsul en 549. Pero aun cuando Crasso no hubiese encontrado este sobrenombre en su familia, se lo hubiesen granjeado sus grandes riquezas, cuya mayor parte procedían de los bienes de los proscritos comprados á vil precio.

todos mis pensamientos. Ven, pues, sin tardanza: he encargado á Numistio que te inste, y te lo pido aquí con mayor ahinco si cabe. No respiraré hasta que te vea.

CARTA XXV.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Cuando alabo á algún amigo tuyo, deseo que él lo sepa. Hace poco te dije que estaba muy contento de Varrón, y me has contestado que te alegrabas mucho de ello; habría preferido que le hubieses enterado de mi carta, aunque en realidad no estoy muy satisfecho de él: pero hubiera podido darme ocasión para estarlo. Se ha detenido de pronto de un modo increíble. Ya conoces el verso *ἐλκτα καὶ οὐδεν*; pero afortunadamente conozco yo el precepto *τὰς τῶν κρατοῦ ντων*. En cambio, ¡con qué verbosidad, qué franqueza, qué talento, otro amigo tuyo, Hortalo (1), me ha celebrado hablando de la pretura de Flacco y de la época de los Alobroges! Imposible emplear lenguaje más afectuoso, más lisonjero y elocuente. Tengo empeño en que le repitas lo que digo. Mas ¿cómo podrás hacerlo si te encuentras ya en camino, si tal vez habrás llegado ya? Así lo espero al menos después de las vivas instancias de mis últimas cartas. Te espero, te llamo, y la situación y las circunstancias te llaman más aún. ¿Qué te diré acerca de lo

(1) Hortensio, cuyo apellido era Hortalo Defendió con Cicerón á Flacco, acusado de concusión al regresar de su gobierno de Asia. Como Flacco era pretor bajo el consulado de Cicerón, y le ayudó mucho en el asunto de la conjuración de Catilina. Hortensio puso en relieve los servicios que el acusado había prestado á la República, siendo muy natural aquella ocasión para que el abogado elogiase á Cicerón.

que sucede? lo que te digo diariamente. Nada hay más desesperado que la República, nada más execrado que el autor de nuestros males. En lo que me atañe, la opinión pública es un parapeto que me pone al abrigo; así lo creo al menos, así lo espero y creo estar seguro de ello. Acude, pues, y sabrás defenderme ó compartirás mi suerte. Hoy seré muy breve, porque abrigo la confianza de que dentro de poco podremos comunicarnos de viva voz cuanto tenemos que decirnos. Cuida de tu salud.
